

MARIO MEJÍA GUTIÉRREZ

Cofundador del movimiento por las *agriculturas alternativas*

Hoy es pertinente recordar la obra de quien fuera un destacado cofundador del movimiento por las *agriculturas alternativas* en Colombia, fallecido el 14 de agosto de 2019. Cobra fuerza el debate sobre *dos opciones básicas*, para enfrentar el propósito nacional de *soberanía alimentaria*. Con el fin de estimular en algo esta polémica, se publica aquí un resumen de algunas enseñanzas del maestro Mario Mejía, con base en sus memorias editadas por *Darío González Posso*.¹

En Colombia hay quienes defienden, sobre cualquier otra opción, la empresa agroindustrial, para “modernizar” -dicen-, la agricultura. Ésta es la propuesta dominante desde hace décadas, inspirada en la engañosamente llamada “Revolución Verde” en la agricultura; caracterizada por utilizar cantidades industriales de agrotóxicos químicos y máquinas movidas con energía fósil; con monocultivos en general sobre grandes extensiones. Los defensores de tal “Revolución verde” plantean el mito de que esta es “la solución” contra el hambre.

Desde otros puntos de vista –entre éstos las plataformas de las organizaciones sociales-, se enuncia como opción preferencial en la agricultura la “*Vía campesina y de los Pueblos étnicos*”; vía que destaca *la vigencia de una reforma agraria democrática*, que supere la estructura de predominio de la gran propiedad territorial, fortalecida históricamente mediante el despojo y el desplazamiento forzado de la población rural. A ésta vía democrática se ha opuesto y se opone el gran capital con todos sus poderes. ¿Tienen, entonces, futuro las economías campesinas y de los Pueblos étnicos? La pregunta quizás es inversa: ¿Tiene futuro la soberanía alimentaria del país, sin estas economías, que aún garantizan el 70% de los suministros alimentarios? El movimiento por las *agriculturas alternativas* se entrelaza con la defensa de la “*Vía campesina y de los pueblos étnicos*”. (DGP. 28.09.2022).

AGRICULTURAS ALTERNATIVAS VS “REVOLUCIÓN VERDE”

Por *Darío González Posso*

“Lo primordial son los valores”

De Mario, mi profesor en la escuela de agronomía, recuerdo en especial una conversación en su casa en Cali, cuando me dijo que la lucha por un mundo mejor, con respeto por la dignidad humana y por la naturaleza, “la hemos perdido hasta ahora en esencia en el terreno del espíritu”, pero también que “es allí donde la podemos y debemos ganar”: en el espíritu,

¹ Véase: “La tarea de la vida es trabajar por la vida”, Memorias Mario Mejía.

<https://www.semillas.org.co/es/lo-ultimo/la-tarea-de-la-vida-es-trabajar-por-la-vida-memorias-mario-mejia-gutierrez-2>

que se debe traducir en acción, individual y colectiva, por “otro mundo posible”. Sin esta acción, el pensamiento es vano; como es inútil la “ecología” sin la espiritualidad. La utopía de “otro mundo posible” articula la acción y el pensamiento.

Aprendí de Mario que en la agricultura -más que recetas “técnicas” o postulados pretendidamente “científicos”-, lo primordial son los valores, antes que una supuesta “transferencia de tecnología”. De sus escritos y de sus charlas, considero indispensable recordar una idea esencial: no es posible transformar linealmente relaciones y sistemas de producción inadecuados al bienestar social y al entorno natural, sin una gran transformación cultural, intelectual y espiritual. En estos valores –decía Mario-, convergen varios horizontes: los horizontes sociales, los horizontes ambientales y los horizontes mentales. Porque la agresividad humana contra la naturaleza y contra su prójimo se anida en sus ansiedades mentales: solo mentes armoniosas podrán generar sistemas de producción armoniosos y relaciones de producción ecuanímes. E insistía: *“una sociedad ausente de solidaridad, que no respeta la vida humana, es incapaz de realizar un pacto de paz con la naturaleza”*.

Pero también sostenía -con Fukuoka, agricultor y filósofo, cuyos textos fueron parte de sus lecturas predilectas-, que cuando un ser humano se aleja de la naturaleza no puede sentir su corazón. Y proclamaba Mario la necesidad de “volver al campo”. Retorno entendido, en esencia, como la unión del ser humano con la naturaleza, con el Universo.

Esto significa rechazar una concepción que infunde en los seres humanos una actitud soberbia, de *“reyes de la Creación”*, cuya misión es acrecentar “su poder” sobre la naturaleza y dominarla, en lugar de convivir con ella. Es indispensable aprender de la naturaleza y acercarnos a ella con humildad, como indica Fukuoka. Lo cual conduce, por ejemplo, a reconocer el peligro de la manipulación genética de las semillas, de la clonación de seres vivos, e incluso algún día de humanos. Y en especial implica saber, de acuerdo con Fukuoka, *“el riesgo de un poder inmenso en manos de seres humanos con escasa capacidad moral para comprenderlo y aplicarlo en correspondencia con la armonía del Universo”*.

Muchos de estos riesgos –decía Mario-, se derivan de *“alianzas de las élites del capital y la ciencia”*, que subordinan los desarrollos tecnológicos a las ambiciones de riqueza económica y de poder. Esto también se expresa en la agricultura, donde se aplica ahora, entre muchas otras, por ejemplo, la caracterizada como *“Tecnología Terminator”*, una de las tecnologías genéticas más peligrosas: su propósito deliberado es obtener plantas que producirán semillas que sólo servirán una vez. Es decir, semillas “suicidas”; que, además, son protegidas mediante “patentes” como “propiedad” de sus creadores. Con el fin de controlar las semillas y el mercado mundial de alimentos, en detrimento de las economías familiares que tradicionalmente han utilizado sus propias semillas, los intereses económicos de poderosas multinacionales no se detienen ante el riesgo de *contaminación genética* de muchas especies, generando otra amenaza contra la continuidad de la vida en el planeta.

En defensa de la “vía campesina y de los pueblos étnicos”

Por esta y otras razones, indicaba Mario que la construcción de la paz y el bienestar social demandan, como una de las condiciones indispensables, el fortalecimiento de la *vía campesina*, constituida por las agriculturas familiares de campesinos, indígenas y afrodescendientes. Agriculturas y economías campesinas, con capacidad probada, reiteraba él, *para suministrar los alimentos básicos a toda la población*. Con potencialidad para el desarrollo posible de *agriculturas alternativas*, que sean amables con la naturaleza: agriculturas manuales que enseñen a cuidar las aguas; con semillas ancestrales y autonomía en alimentos e insumos; con una perspectiva comunitaria, orientada esencialmente a la seguridad y soberanía alimentarias, desde los ámbitos locales y regionales. Que pueden y deben ser mejoradas, para el disfrute de una vida digna.

Pero ¿agriculturas alternativas a qué? Respondía Mario: a la agricultura química, o de la denominada “Revolución Verde”, un “Modo de uso de la tierra, propio de las sociedades industriales que, por lo tanto, busca la máxima tasa de ganancia. Para ello concentra subsidios políticos y técnicos, *especialmente máquinas de energía fósil*, agroquímicos y agua para sustentar el potencial de un material (la semilla) seleccionado genéticamente hacia la uniformidad y hacia la máxima productividad... La agricultura de la llamada Revolución Verde es la agricultura de los biocidas: insecticidas, fungicidas, herbicidas, fertilizantes, agroquímicos letales, cuyo origen histórico está directamente relacionado con industrias de guerra”. Alianzas de las élites del capital y la ciencia, reiteraba Mario. A lo cual debemos agregar, pienso yo (con base en Rosa Luxemburgo), que estas y otras industrias de guerra son inmanentes a los procesos de acumulación y reproducción del gran capital; *el militarismo y el complejo industrial militar ejercen en la historia del capital una función determinada y acompañan los pasos de la acumulación en todas sus fases*.

En sus escritos Mario Mejía recuerda que la mecanización adquiere su forma moderna a partir de la Primera Guerra Mundial; que además estimula la industria de los explosivos, de donde se derivan algunos fertilizantes nitrogenados; y los gases de guerra, origen de los insecticidas clorados: “El DDT (dicloro difenil tricloroetano), de la Farben, se utiliza en la Segunda Guerra Mundial como piojicida y antipalúdico de ambos bandos. El “ciclón B” es usado para la matanza de “razas inferiores”, de este se derivan los insecticidas fosforados de posguerra. Los herbicidas hormonales, desarrollados a partir de 1942 por el departamento de Guerra Química y Bacteriológica de USA bajo la dirección del doctor Merck (conocida marca registrada), fueron sustancias masivamente lanzadas contra Vietnam”... En general –dice Mario-, “los sistemas agrícolas de Revolución Verde presentan un consecuente paisaje de ecocidio. Basta observar el arrasamiento de la naturaleza en las zonas agrícolas colombianas de corte empresarial: Urabá huele a veneno y sangre, la zona cafetera perdió sus bosques y sus aguas; las zonas algodonerías y arroceras son viveros de niños deformes y calvarios de obreros envenenados. Y en las universidades se enseña como verdad única esta agricultura de la matanza”.

En la agricultura química hay variedad de tendencias y de exacerbaciones, señalaba, como la agricultura hidropónica, dependiente de manera absoluta de insumos químicos externos. A la contaminación de la naturaleza con agroquímicos, esta “Revolución Verde” agrega ahora la contaminación con organismos genéticamente modificados (transgénicos), reiteraba.

Indicaba que las *agriculturas alternativas* relegan las nociones de consumismo y creación de dinero y reivindican el trabajo creador de vida, autárquico y solidario; insistía que éstas no se limitan a una sola escuela, ni postulan “modelos” replicables, sino la creación permanente.

¿Una cuestión apenas “tecnológica”?

Señalaba que otra preocupación de las *agriculturas alternativas* es abolir la ganadería vacuna de grandes extensiones, que deforesta para generar praderas uniformes. Indicaba también que *la vía campesina*, vía democrática, es lo opuesto a la brutal concentración de la tierra, que ha significado el desplazamiento de poblaciones campesinas y étnicas en Colombia; con implacable violencia consustancial al modelo vigente de acumulación del gran capital y de la gran propiedad territorial en nuestro país, para el “desarrollo” agrario.

Planteaba que la confrontación entre la autoproclamada “Revolución Verde” y las *agriculturas alternativas*, solo de manera secundaria es una cuestión tecnológica. No se trata -decía-, de la sustitución de técnicas de agricultura química por *agriculturas alternativas*, sino de decidir sobre “proyectos de vida personal y construcción social”. Los idearios de las escuelas alternativas -insistía-, trascienden el campo de la agricultura; se ocupan de asuntos espirituales, políticos, religiosos, educativos, artísticos, sociales, filosóficos...

Realizó Mario el análisis extenso de algunas de tales escuelas, alrededor de 30, y experimentó con varias de ellas. Asumió diversas teorías. Afirmó que la llamada “*agroecología*”, aunque es la propuesta más extendida, es apenas una de tantas *agriculturas alternativas*. Concluyó sus trabajos mediante la introducción en la agricultura de conceptos de la moderna física cuántica, y afirmó que “el siglo XXI podría ser el de la agricultura con base en *energías sutiles* -que pueden estar al alcance de todos-, objetivo libertario, frente a la hegemonía de los insumos industriales”, (uno de sus últimos libros aborda este tema).

Defensor de la *autonomía* y la *solidaridad*, cifraba su confianza esencialmente en los pueblos y en la iniciativa desde la sociedad. No creía, por lo tanto, en emancipación que no sea auto-emancipación. En consecuencia, consideraba que las *agriculturas alternativas* sólo son posibles como iniciativa autónoma y libre de la gente: “*Las agriculturas alternativas no se decretan como política pública; tienen que surgir de la conciencia civil, de la capacidad humana para transformar su espiritualidad, su sentido de la belleza*”.